

**EL AMIGO QUE VINO A BEBER
EN EL POZO DEL PUEBLO**
Relevancia de Gustavo Gutiérrez en Nicaragua

César Jerez

Introducción

Desde Nicaragua, tratando de contribuir modestamente a su sobrevivencia, no pueden escribirse largos ensayos. Estas breves páginas en el libro-homenaje al teólogo latinoamericano Gustavo Gutiérrez, que cumple 60 años, no pueden ser una mera formalidad. Gustavo, teólogo ciertamente, pero también pastor, cristiano, amigo, se merece mucho más que un elogio académico.

El último libro de Gustavo -"Hablar de Dios, desde el sufrimiento del inocente"-, se centra en Job y sus tremendas preguntas, y las traduce desde la realidad de los pobres de América Latina, inocentes que no terminan de sufrir. Con Nicaragua -cuyo triunfo de los pobres en 1979 se asemejó a la bendición primera que Job experimentó de la mano de Dios y cuyo sufrimiento inocente, precisamente a manos de la guerra y que Gustavo ya pronosticó en septiembre de 1979- él se ha portado al revés que los amigos de Job. No vino a dar lecciones; desde el principio vino a ver el paso de Dios por la historia de los pobres. Vino en la hora del triunfo y volvió en la hora del asedio y del intento de matar otra vez la esperanza de los pobres. Vino como amigo que

hablaba de Dios desde los pobres. Sobre todo vino como amigo que quería beber las aguas limpias del pozo que habían logrado cavar los pobres de Nicaragua. Por eso acompañó en la victoria y consoló en las horas penosas. En resumen, vivió su teología y dio testimonio de que la razón de su esperanza era la esperanza de los pobres.

La inspiración que ha provenido de sus escritos ha sido parte de la Teología Latinoamericana de estos últimos veinticinco años. Si ha sido inspiración, precisamente lo ha sido porque ha estado respaldado por el testimonio de su vida. En la gran mayoría de los auténticos teólogos que, con él, hicieron escuela así ha sido también. Por ello, en tan poco tiempo, esta teología-vida se ha convertido en uno de los aportes más ricos del continente latinoamericano al catolicismo y -más allá de fronteras confesionales- al cristianismo del siglo XX. En realidad, con nuestra pintura, nuestra arquitectura, nuestra literatura y la originalidad de nuestra política revolucionaria, esta teología se ha convertido en uno de los aportes más importantes de América Latina a la humanización del mundo de nuestro tiempo. Como "Teología de la Liberación", nombre con que Gustavo la sacó de la fe vivida de las comunidades pobres de América Latina, o como "Liberación de la Teología", nombre con el que otro gran teólogo del continente, Juan Luis Segundo, la vio realizar consigo misma lo que de Dios y de los pobres anunciaba, ha pasado ya a ser una de las corrientes más creativas de la teología.

Con ella la teología ha vuelto a radicarse en el terreno en que siempre ha sido fecunda, el terreno del seguimiento de Jesucristo. Precisamente por ello ha recuperado el lugar teológico desde el que Jesús de Nazaret anunció el Reino: la historia concreta de los hombres a quienes se les anuncia el Reino de Dios. Por eso la teología de Gustavo recu-

pera, en Bartolomé de Las Casas, en José María Arguedas y en las comunidades actuales, de indígenas o de mestizos del Perú, la memoria histórica tanto del anuncio de la Buena Noticia a los pobres como de su perversión en mala noticia para ellos. Por eso la Teología de la Liberación se hace desde comunidades de pobres que viven su fe en lugares como Chimbote o Quilalí; como Nicaragua o Perú. Y esta teología se hace en tiempos en que los pobres de América Latina tratan de abrirse camino hacia lo que siempre fue su vocación humana de forjadores de su historia: los tiempos de la segunda mitad del siglo XX.

Las Ciencias Sociales han sido en América Latina un instrumento para desenmascarar la manipulación de la historia hecha desde la lógica y la pasión de las minorías. Han servido para leer la historia "al revés", desde la lógica y la pasión de las mayorías. La reflexión teológica de Gustavo Gutiérrez tuvo el coraje de utilizar como lenguaje racional en que moldearse el de estas Ciencias Sociales que han leído la realidad humana "desde el revés de la historia", desde la historia que no cuenta o no contaba, desde la historia de los pobres. Por eso la Teología de la Liberación ha debido responder de la esperanza cristiana desde preguntas que le eran propuestas en los análisis que los pobres hacían de su realidad y a los que daban vigor científico y ternura de crónica participada científicos sociales comprometidos en los proyectos históricos de los pobres. Aquí hay que buscar el lugar del engranaje entre Teología de la Liberación y Ciencias Sociales y no en acusaciones erróneas de reduccionismo o en difamaciones de sometimiento de la teología a los planteamientos de las ciencias sociales. La teología es siempre respuesta desde la fe vivida en la práctica cristiana a los interrogantes que vienen expresados en los diferentes lenguajes con que la humanidad intenta comprenderse o simplemente clamarse como

herida abierta. Asumir el lenguaje del interrogante es hacerse capaz de intentar la respuesta que puede ser comprendida.

De todo esto ha sido responsable Gustavo Gutiérrez. De la amistad, que desde Dios consuela y acompaña; de la amistad humilde que sabe llenarse de la realidad y esperanza del amigo; del esfuerzo teológico para justificar a ese Dios que brilla en la amistad. Y también de haber asumido un lenguaje que permite que la respuesta teológica no se vuelva un secreto indescifrable de grupos elitistas.

Nicaragua: Situación y Tiempo de Gracia

Una buena parte del pueblo "creyente y oprimido" -como diría Gustavo Gutiérrez- se abrió en Nicaragua a la espiritualidad de la liberación absorbiendo con gratitud el mensaje que vino de la reunión de los obispos católicos en Medellín (1968).

Nicaragua había sido convertida en "tierra extranjera" por una dictadura dinástica sostenida durante más de 40 años por su articulación con el imperio norteamericano. La resistencia latente del pueblo estalló al fin en los últimos años de la década de los setenta. Después de pagar un precio muy alto de lucha, sufrimiento, represión y muerte, el pueblo se liberó de esta dictadura faraónica el 19 de julio de 1979. La victoria fue a la vez fruto de la lucha y don inesperado de Dios, todo ello en la experiencia del pueblo que sintetizaba sus propios esfuerzos, los de un pequeño David con la fuerza gigantesca del Goliat de la dictadura y el imperio.

Una luz grande brilló en Nicaragua e iluminó a este minúsculo país y a todos sus hermanos, los pequeños países periféricos del Tercer Mundo. Con la luz anidó también en los corazones la esperanza de la reconstrucción de la libertad y de la construcción de un modelo original, fundamentado en una de

esas síntesis culturales nuevas de las que son capaces los pueblos jóvenes: la síntesis entre historia nacional con sus mitos heroicos, tradición revolucionaria de los pueblos -marxista o no- y fe cristiana liberadora. Demasiado pronto, sin embargo, el imperio cercano, temeroso de que cundiera el ejemplo, decidió ahogar la determinación de Nicaragua de ser libre e igual entre las naciones. Los profundos cambios exigidos a partir de una injusta y secular opresión para responder a la satisfacción de las necesidades fundamentales de las mayorías encontraron la oposición del asedio económico y la imposición de una guerra. Todo ello contra un pueblo de poco más de tres millones de personas -a decir verdad no sabemos bien cuántos somos, pues entre embargos y guerra no nos han dejado ni tiempo ni los fondos para poder hacer un censo.

No debemos confundir los términos y mucho menos las realidades. La Revolución Nicaragüense no es ni será nunca el Reino de Dios, aunque haya tomado muy en serio la justicia, la igualdad que reivindica los derechos de los pueblos, la opción preferencial y solidaria de los pobres, la defensa de la vida contra la muerte, la responsabilidad participativa de las mayorías y otras características de la convivencia humana que Jesús, en los Evangelios, y la fe en Jesucristo de la primitiva Iglesia señalan como signos del Reino de Dios. En la guerra prolongada del Frente Sandinista, en la insurrección popular, en la construcción de la nueva Nicaragua, mucha gente del pueblo pobre y mucha que echó su suerte con la de los pobres lo hizo desde dentro de su fe cristiana vivida. Y desde dentro de ella se encontraron con otros que ya no creían sino en la justicia y en la capacidad de bondad del hombre. El proceso fue violento, pero en Nicaragua nadie ensalzó la violencia. Desde la cárcel, Ricardo Morales Avilés, joven profesor universitario y miembro entonces de la Dirección

Nacional del FSLN, escribía: **"No creo que la violencia sea una forma personal de auto-liberación"** (1). Una de las mayores improbabilidades históricas, realizada en la Revolución Nicaragüense, ha sido precisamente la del perdón y la generosidad con los enemigos derrotados. No es esta una de las últimas razones por las cuales esta revolución ha sido fuente de esperanza.

Bien decía el mismo Ricardo Morales Avilés, asesinado más tarde por la Guardia Nacional de Somoza, que **"hay que estudiar nuestra historia y nuestra realidad como marxistas y estudiar el marxismo como nicaragüenses"** (2). Fue precisamente esa postura antidogmática de revolucionarios no creyentes la que permitió que muchos cristianos "como nicaragüenses" se sintieran sin temor para asumir el proyecto revolucionario y para construir, juntamente con los no creyentes, su originalidad propia. Así se encontró la suficiente voluntad política para no repetir la historia de los enfrentamientos entre fe cristiana y opción revolucionaria.

En esta encrucijada se produjeron -ya durante la lucha- aportes cristianos de envergadura continental e incluso universal. Como simple ejemplo, pensemos en "La Misa Campesina" brotada de esta Nicaragua, pequeña, poeta, cristiana y revolucionaria. Su letra y su melodía, teológicas y populares, nacieron en Nicaragua, en tiempos de éxodos y han alimentado una celebración litúrgica de la Eucaristía que, siendo memoria subversiva de Jesús, es a la vez encarnación de la fe en los anhelos de todo un pueblo.

Nicaragua fue la primera en Centroamérica en llegar a un triunfo revolucionario. No era esto lo esperado; no era lo calculado. La sangre derramada fructificó en liberación antes en Nicaragua que en los otros países centroamericanos. Pero también en Guatemala, El Salvador y Honduras -para referirnos únicamente a Centroamérica- la vivencia de

fe desde la lucha de los pobres se ha traducido en sangre derramada, heroica y martirial.

El paso del Dios de Jesucristo por estos pueblos ha merecido la dolorosa bendición del martirio. "No hay amor más grande que dar la vida por los amigos" (Jn 15,13). A partir de este amor Centroamérica y Nicaragua dentro de ella se ha convertido en un lugar privilegiado para esa teología que es dar razón de la esperanza cristiana en el seguimiento de Jesucristo. Con humildad y sencillez debemos recordar lo escrito por el más grande de los poetas centroamericanos:

*A través de las páginas fatales de la historia,
nuestra tierra está hecha de vigor y de gloria,
nuestra tierra está hecha para la Humanidad
(3).*

El Señor ha tomado en cuenta la pequeñez de este pueblo que le sirve y ha confundido a los poderosos. Nicaragua lleva ya casi ocho años resistiendo la orgullosa voluntad del imperio de borrar de la faz de la tierra este ejemplo de coraje y esperanza para los pueblos. Y toda Centroamérica resiste junto con ella.

Presencia de Gustavo Gutiérrez en la Nueva Nicaragua

La evocación de las palabras del canto de María al final del párrafo anterior nos proporcionan el contexto preciso para entender la presencia de Gustavo Gutiérrez en la Nueva Nicaragua. Gustavo, desde la irrupción de los pobres en él, está preñado de anhelos de liberación para toda América Latina. La noticia del parto revolucionario en Nicaragua lo puso en camino, con la alegría que la noticia de la concepción de Isabel hizo a María apresurarse a visitarla en su tiempo de espera y de gozo. También hasta aquí lo persiguió la maledicencia: "Ellos -se

dijo desde dentro de la misma Iglesia, refiriéndose a los teólogos de la liberación- van ahora a Managua como a su nueva Roma". Gustavo, sin embargo, sólo venía a Managua como el hermano de anhelos y esperanzas, como quien estaba lleno de aquel Espíritu "Padre de los pobres", presente en medio de la alegría de Nicaragua, la empobrecida y agraciada.

En Puebla, en el mismo año 1979, Gustavo, aún desde afuera de los muros del Seminario Palafoxiano donde se celebraba la III Conferencia del Episcopado Católico de América Latina, había recibido con amistosa acogida y con sintonía por sus servicios a la lucha de su pueblo al Arzobispo de Managua, Mons. Miguel Obando Bravo. Cuando, a fines de septiembre de 1979, llegó a Managua, fue a visitar al Arzobispo y éste le comunicó el proyecto de escribir una Carta Pastoral de la Conferencia Episcopal Nicaragüense para decir una palabra cristiana sobre el proceso revolucionario triunfante. De aquella conversación nació una petición de asesoría y Gustavo trabajó un borrador para la carta.

Por su parte, el entonces Encargado de Negocios del Vaticano en Nicaragua, Pietro Sambì y algún Obispo, habían comunicado la misma intención a otro grupo de teólogos centroamericanos, quienes también aportaron sus ideas en forma de borrador.

De la conjunción de estos esfuerzos, verdadera cooperación entre obispos y teólogos, surgió la Carta Pastoral **"Compromiso Cristiano para una Nicaragua Nueva"**, firmada el 17 de noviembre de 1979. Destacan en ella la afirmación eclesial de un proyecto de socialismo con rostro humano, profundamente participativo y respetuoso de la fe y la educación cristianas, el reconocimiento del papel histórico del Frente Sandinista en los esfuerzos de liberación de Nicaragua, la distinción en la lucha de clases de un dinamismo transformador de las estructuras -aceptable- y de un odio de clases -inaceptable-

y la exhortación a la austeridad en el tiempo de estrechez que acompaña un proceso revolucionario. Pero la huella de Gustavo está marcada en un pasaje que destaca la oportunidad histórica que se le abre a la Iglesia y vale la pena citarlo:

"Vivimos hoy en nuestro país una ocasión excepcional de testimoniar y anunciar el Reino de Dios. Sería una grave infidelidad al Evangelio dejar pasar por temores y recelos, por la inseguridad que crea en algunos todo proceso radical de cambio social, por la defensa de pequeños o grandes intereses individuales, este exigente momento de concretar esa opción preferencial por los pobres que nos reclaman tanto al Papa Juan Pablo II como la Conferencia Episcopal de Puebla (4).

No es violar ningún secreto hacer confluir los ojos de la Iglesia sobre la contribución que en Puebla hizo Gustavo Gutiérrez, a través de Obispos que le pidieron su aporte, al texto sobre la opción preferencial y solidaria con los pobres. En este pasaje de la Carta Pastoral de los Obispos Nicaragüenses se trasluce su gozo cristiano y eclesial porque las circunstancias de un país en revolución con una presencia cristiana numerosa en ella hacían posible precisamente presentar el desafío de "concretar esa opción preferencial por los pobres".

Quizá podamos lamentar que aquel documento episcopal no haya tenido continuidad pastoral. Indudablemente, sin embargo, quedará como uno de los grandes documentos eclesiales de nuestro tiempo, como una palabra con la que la Iglesia en Nicaragua se identificó y que provocó la alegría del pueblo y la convergencia de muchos no creyentes con las motivaciones de muchos cristianos revolucionarios.

Gustavo vino a Nicaragua otras varias veces. Como ya lo dijimos, vino sobre todo como el amigo que acompaña en el camino empinado de la fidelidad

a las esperanzas de los pobres; vino como el que sigue el mandato de Jesús de confirmar a los hermanos en la fe, en el espíritu crítico frente a toda realización humana. Estos aportes suyos han sido, si cabe, más valiosos que su labor como asesor teológico. Aun en medio de las graves dificultades por las que ha tenido que pasar cuando de él, en su propia tierra, se ha sospechado y se ha puesto en cuestión su fidelidad al mensaje de Jesucristo, no se ha olvidado de este niño pequeño, de esta criatura amenazada que Nicaragua ha seguido siendo.

En medio de una Iglesia dividida por apreciaciones políticas diversas y marcada por la incapacidad de superar la intolerancia, Gustavo siempre ha pedido paciencia para convivir dentro de la Iglesia, a pesar del conflicto doloroso. Su acompañamiento ha sido siempre espiritual: ser fieles al seguimiento de Jesús; mantener con firmeza la opción preferencial y solidaria con los pobres; afirmarse en la seguridad de que el argumento más convincente, frente a quienes creen que la solución del conflicto está en la exclusión de los desidentes, es el humilde, valiente y sereno testimonio.

Gustavo ha insistido una y otra vez en una espiritualidad de la liberación para vivir vigorosamente, como personas y como comunidades, el seguimiento de Jesús. La batalla de estos años duros en que el temor quiere volver a posesionarse de los cristianos, nunca le ha hecho perder el humor con que un hombre auténtico mira los acontecimientos con perspectiva histórica y se asienta en la roca de que es Dios quien defiende la causa de los pobres; el Dios mayor que la palabra de los teólogos y los conciliábulos de los inquisidores. Si algo ha sido Gustavo es precisamente la conjunción de una tenacidad fiel con una sonrisa llena de ternura. Su empeño de no separar la fe y la justicia y su ideal de incul-

turar la fe en una evangelización que asuma las esperanzas de los pobres evangelizados, especialmente la de los indígenas de América Latina, llevan el sello de lo cristianamente auténtico.

Los horizontes de fe señalados en Nicaragua por Gustavo, afirmados por otros compañeros de opción, como Leonardo Boff y Don Pedro Casaldáliga, han sido nítidos y limpios de toda ambición. Las mediaciones humanas que lo han intentado realizar no tienen en nosotros la plenitud que es sólo propia del Reino. Lo importante es continuar con firmeza, sinceridad y humildad en la vivencia de la fe desde dentro de este proceso revolucionario, buscando siempre que la causa de los pobres no se desvirtúe.

Conclusión

Estas breves páginas, escritas en medio de las continuas actividades y de los inmisericordes sobresaltos de un país aún en guerra, donde se trabaja en pobreza y en tensión, quieren ser un testimonio de gratitud. Gustavo Gutiérrez ha sido el amigo que nos ha ayudado a vivir en esta tensión sin perder el humor e inspirándonos con su ánimo, su consuelo, su testimonio de vida y sus escritos teológicos y espirituales. Su contribución ha hecho más ligera nuestra carga. El Espíritu de Jesús lo animará para seguir ofreciendo fortaleza y lucidez cristianas.

Notas:

1. Ricardo Morales Avilés, **Obras: No pararemos de andar jamás**, Managua, Editorial Nueva Nicaragua, 1983, p. 87.

2. **Ibid**, p. 83.
3. Rubén Darío, **Retorno**, Poema del Otoño, Poesías Completas, Aguilar, S.A., Madrid 1967, Tomo II, p. 783.
4. Conferencia Episcopal de Nicaragua, **Compromiso Cristiano para una Nicaragua Nueva**, segunda parte, d), párrafo 2.